

medio del coro las oraciones, me regocijaba pensando que el sacerdote recitaba la misma oración en la misa, y que como él, yo tenía el derecho de alzar mi voz ante el Santísimo Sacramento, de dar las bendiciones, las absoluciones, y cuanto me correspondía, leer el Evangelio.

“Puedo decir que el Oficio divino fue para mí a la vez una dicha de martirio, porque deseaba ardientemente recitarlo bien y sin errores. Yo excuso a las hermanas que están distraídas o se equivocan. He notado que me ha ocurrido a veces al momento de tener que decir o anunciar una cosa después de haberla previsto y pensado, no abrir siquiera los labios por una distracción completamente involuntaria”.

“Y sin embargo, creo que no es posible desear asistir con devoción al coro y recitar con perfección el Oficio divino más ardientemente que yo lo deseaba...”

En una circunstancia en que la Madre Priora le pidió una explicación sobre el olvido de una de las enfermeras (religiosa anciana) que habría podido traer pésimas consecuencias sobre su estado, me dijo:

—Tuve que contar toda la verdad a la Madre Priora, pero mientras estaba hablando me vino al pensamiento una expresión más llena de caridad que la que iba a usar, aunque no estaba del todo mal; he seguido mi inspiración y el Señor me recompensará con una gran paz interior.

\* \* \*

Le suplicaron nos dijese qué entendía ella por permanecer pequeños a los ojos de Dios. Respondió:

—Permanecer pequeño es reconocer la nada de uno, esperararlo todo de Dios, no afligirse en demasía por nuestras faltas; en fin, no pretender fortuna, no inquietarse por nada. Aun en las cosas más pobres, mientras el niño es pequeñito, se le da todo lo que necesita; más luego que llega a ser mayor, ya no quiere alimentarlo su padre, sino que le dice: “Ahora trabaja, que ya te bastas tú solo.” Pues precisamente para no oír eso jamás, no he querido crecer, sintiéndome incapaz de ganar mi vida, la vida eterna del cielo. He permanecido, pues, siempre pequeña, sin otra ocupación que la de recoger las flores del amor y del sacrificio y ofrecerlas a Dios para darle gusto.

“Ser pequeña significa también no atribuirse a sí misma las virtudes que se practican, juzgándose capaz de algo, sino reconocer que Dios pone este tesoro de virtud en la mano de su hijito para que se sirva de él cuando lo necesite; y siempre el tesoro es de Dios.

“Consiste, en fin, en no desanimarse por las propias faltas, pues los niños caen a menudo, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño.

### Día 7:

¡Oh, cuán poco amado es Dios, aun de aquellos que debieran amarle más! No, Dios no es suficientemente amado.

Madre mía, si llegara a ser infiel, si cometiera sólo la más ligera infidelidad creo, que me vería seguida

de espantosas turbaciones y no podría ya aceptar la muerte.

Por esto no ceso de decir a Dios: “¡Dios mío, guardadme, os ruego, de la desgracia de ser infiel!”

¿De qué infidelidad intenta hablar?

—De un pensamiento de orgullo voluntariamente entretenido. Por ejemplo, si dijese: “He adquirido tal o cual virtud, estoy cierta de poder practicarla”; esto sería apoyarse en las propias fuerzas, y cuando a esto se llega está uno en vísperas de caer en el abismo.

\* \* \*

Si dijese: Dios mío, os amo demasiado, muchísimo, ya lo sabéis Vos, para detenerme en un solo pensamiento contra la fe; mis tentaciones entonces se tornarían tan violentas que ciertamente sucumbiría en ellas.

Al contrario, podría cometer sin ofender a Dios pequeñas faltas hasta mi muerte, con tal que fuese humilde.

Ved a los niños, caen, destrozan los vestidos, se hacen mal en todo momento, a pesar de amar tanto a sus padres. Pues bien, cuando caigo así, como un niño, me cercioro de mi nada, de mi extrema debilidad y digo: ¡Qué sería de mí, y de qué no sería capaz si me apoyara tan sólo en mis propias fuerzas! comprendo bastante bien por qué cayó San Pedro. ¡Pobre San Pedro! Confiaba en sí, en vez de apoyarse en la fortaleza divina.

No tengo la menor duda de que si San Pedro con humildad hubiese dicho a Jesús: “Dadme fuerzas

para seguiros hasta la muerte”, al punto hubiera conseguido esta fuerza. Tengo también la seguridad de que Nuestro Señor no ha dicho nada más a sus Apóstoles con sus instrucciones y su presencia de lo que nos dice a nosotros con sus gratas inspiraciones y mociones de su gracia. Muy bien hubiera podido decir a San Pedro; “Pídame la fortaleza para cumplir lo que deseas.” Pero no lo hizo así, porque iba a confiarle luego el gobierno de su Iglesia, donde hay tantos pecadores. Convenía que experimentase lo poco que vale el hombre sin el auxilio de Dios.

Por esto, antes de su caída Jesús dijo a Pedro: “En cuanto vuelvas en tí, confirma a tus hermanos. Es decir, cuéntales la historia de tu pecado; muéstrales por tu propia experiencia la insuficiencia de las fuerzas humanas.”

Día 8:

Le dije que más tarde se hablaría mucho de sus virtudes. Me contestó:

—Sólo Dios es digno que se alabe; sólo El vale; en mi pequeñez todo carece de valor.

\* \* \*

Si el mismo Señor y su Santísima Madre no hubieran asistido a los banquetes, jamás hubiera comprendido el uso de invitar a los amigos a comer. Me pensaba que para comer debía uno ocultarse o por lo menos quedarse en casa. Y que sólo se invitaban para hablar, contarse los viajes, los mutuos recuerdos, en fin, para los placeres intelectuales.

Me daban mucha lástima las personas que sirven en los banquetes. Si por desgracia les sucedía algún percance, veía a la dueña de la casa mirarles severamente, mientras los pobrecillos se sonrojaban de vergüenza, y me decía: ¡Oh! Esta diferencia que existe aquí en la tierra entre los siervos y los amos prueba muy bien que existe un Cielo donde cada uno será premiado según propios méritos interiores, donde todos podrán sentarse igualmente al banquete del Padre de familia.

Pero entonces, ¡quién será quien nos servirá..., puesto que Jesús ha dicho que el irá y vendrá para servirnos!<sup>1</sup>.

Esta será la recompensa de los pobrecillos y pequeños, que se vieron humillados.

Estaba mirando el cielo y Sor María del Sagrado Corazón le dijo:

—¡Con cuánto amor mira V. C. el cielo!

Más tarde me confió:

—Al oírla me dije: ¡Ah!, ella se cree que miro el firmamento pensando en el verdadero cielo; pero no es así. Yo miro solamente este cielo material, el otro está cada día más cerrado para mí.

“Esto me apenó, pero en seguida pensé con indecible dulzura: Si, solamente por puro amor mirabas el cielo. Puesto que mi alma está enteramente entregada al Amor, todas mis acciones, incluso las más indiferentes, están marcadas con este divino sello. Oía como una voz que me aseguraba esto y al instante quedé desolada.”

\* \* \*

---

(1) Lucas. XII. 37.

Hoy he pensado en mi vida pasada, en el acto de valor que hice aquella noche de Navidad... y el elogio que dirigieron a Judit: “Porque obraste con valor varonil tu corazón se fortificó.”<sup>1</sup>

Muchas almas dicen: Yo no tengo fuerza para hacer este sacrificio... ¡Que hagan el primer esfuerzo! Dios nunca rehusa la primera gracia a quien se presenta con ganas de obrar, después, el corazón se fortalece y se va de victoria en victoria...

Día 9:

Yo dije, refiriéndome a ella:

—Nuestro guerrero está ya abatido!

A esto me respondió:

—Yo soy un guerrero que no ha combatido con las armas materiales, sino con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios<sup>2</sup>. Por esto la enfermedad no ha podido abatirme. Sin ir más lejos, ayer tarde me serví de mi espada con una novicia... Ya lo dije: “He de morir con las armas en la mano”.

\* \* \*

Alguien le dijo:

—¡Sois una Santa!

Repuso:

—No, yo no soy una santa; nunca llevé a cabo las acciones de los santos. Soy una alma pequeña que

(1) Judith, XV, 2.

(2) Ad. Ephesios, VI, 17. Estas mismas palabras cita la Regla del Carmen, en el párrafo: “Exhortaciones”, donde dice: “...gladius autem spiritus quod est verbum Dei...). etc.

Dios se ha dignado colmar de gracias. Lo que digo es verdad; ya lo verán en el cielo.

Día 10:

Le citaron, aplicándoselas a ella misma, estas palabras de San Juan de la Cruz: "Las almas que han llegado al amor perfecto, pueden contemplar sin peligro la propia belleza sobrenatural"<sup>1</sup>.

Entonces contestó:

—¿Qué belleza? Yo no veo del todo mi belleza. Solamente veo las gracias que el Señor ha derramado sobre mí.

\* \* \*

Contemplando una fotografía de Juana de Arco, en su cárcel, nos dijo:

También a mí me animan los santos en mi prisión, y me dicen: Mientras estés prisionera en la tierra no podrás cumplir tu misión; pero más tarde, después de tu muerte, llegará el tiempo de tus conquistas.

\* \* \*

"Pienso en las palabras de San Ignacio de Antioquía y digo: Es necesario que yo sea también triturada por los sufrimientos para convertirme en trigo de Dios.

\* \* \*

---

(1) Obras de San Juan de la Cruz. "Cántico Espiritual", canc. XVII, v. III, pág. 984. Edic. B. A. C. La expresión que usa la santa, no concuerda literalmente con la expresión del Místico Doctor.

Le hablé diciéndole:

—He rogado para que no sufriera tanto y, sin embargo, no cesa de padecer.

Me respondió:

—Yo pido al Señor que no atienda las oraciones que pondrían obstáculo al cumplimiento de sus designios sobre mí...

\* \* \*

La entretenía hablándole del Cielo, de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen que están en cuerpo y alma en la gloria. Me respondió con un profundo suspiro:

—¡Ah!

Añadí:

—¡Con esta exclamación me dá V. C. a entender cuanto está sufriendo!

—¡Sí..., se necesita amar mucho a Dios y a la Santísima Virgen para tener estos pensamientos!... ¡Pero yo no me entrego con los demás!... (La santita alude aquí a su terrible prueba inferior).

\* \* \*

—Siempre ruego a los santos sin ser escuchada, pero cuanto más sordos se hacen a mi voz, más los amo.

—¿Por qué?

—Porque he preferido más no ver a Dios ni a los Santos y quedarme a oscuras en la noche de la fe, que otros que desean verlo todo y comprenderlo.

## Día 11:

No quisiera pedir al Señor mayores sufrimientos, porque éstos serían sufrimientos míos, de propia voluntad, y tendría que soportarlos sola, y sola jamás he podido hacer cosa alguna.

## Día 12:

Después de la reflexión que le hacía el otro día sobre la espiga, he sentido sentimientos muy bajos de mi misma. Pero, ¡cuán grande ha sido, sin embargo, la gracia que he recibido esta mañana mientras el sacerdote iba a comenzar el “Confiteor Deo” antes de darme la Sagrada Comunión!

Veía a Jesús allí cerca y presto a entrar en mi alma y esta confesión me parecía una humillación muy necesaria: Me confieso a Dios a la Bienaventura siempre Virgen María... a todos los Santos..., porque he pecado. ¡Oh!, sí, es preciso en este momento pedir perdón a Dios y a todos los Santos, por mis pecados... Como el publicano, me sentía una gran pecadora. ¡Y el Señor me parecía tan misericordioso!

Erame en gran manera conmovedor dirigirme a la Corte Celestial para alcanzar el perdón de mis pecados... ¡Ah! ¡Me apenó mucho no poder llorar!... Y cuando la sagrada Hostia estaba sobre mis labios, me he conmovido muchísimo.

¿Cuál era la causa de haber sentido esto tan extraordinario en el Confiteor Deo? Creo que ha sido a causa de mi presente disposición: ¡me siento tan miserable! Sin embargo. mi confianza no ha desminuído un ápice, al contrario, ha aumentado; la

palabra “miserable” no es justa, porque me siento rica de tesoros divinos: esta es la causa porque me humillo más profundamente. Cuando pienso en los favores que el Señor me ha hecho, no puedo contenerme y he de derramar continuas lágrimas de reconocimiento.

Creo que las lágrimas que he derramado esta mañana eran de perfecta contrición. ¡Cuán imposible es promover en sí tales sentimientos! Es el Espíritu Santo, que sopla donde quiere<sup>1</sup>; sólo de El provienen.

### Día 13:

Hablábale de las luces interiores que suelen tener acerca del cielo. Me dijo:

De mi parte no tengo más luces que para ver mi nonada; pero éstas me aprovechan más que las luces que pudiera tener sobre la fe.

### Día 14:

Fué un día de grandes sufrimientos para el cuerpo y para el alma. Al anochecer le dije:

Hoy ha tenido muchas penas.

—Sí, ¡pero como las amo tanto!... ¡Yo amo todo lo que Dios me envía!...

### Día 15:

Le conté aquellas palabras de San Juan de la Cruz, sobre la muerte de las almas que consumadas

---

(1) Juan, III, 8.

en la caridad divina: “Mueren éstas con muy subidos ímpetus y encuentros sabrosos de amor...”<sup>1</sup>. Y suspirando profundamente me dijo:

—Será preciso decir que para mí la dicha y la alegría se hallan en el fondo de mi alma. Porque no animaría mucho a las almas si creyesen que no he sufrido suficientemente.

\* \* \*

Apenada por la opresión asfixiante que sentía dijo:

—¡No sé qué será de mí!

—¿Acaso la inquieta esto?—le pregunté.

—¡Oh, no!...

\* \* \*

Anoche supliqué a la Santísima Virgen que me hiciera cesar la tos para dejar dormir a Sor Genoveva, pero añadí: Si Vos no me escucháis, os amaré más todavía<sup>2</sup>.

\* \* \*

Dios me concede el valor en proporción con los sufrimientos. Siento que en cada momento no podría soportarlos mayores, pero no temo, porque si aumentan las penas, crecerá al mismo tiempo mi valor.

---

(1) Obras de San Juan de la Cruz. “Llama...”, canc. 1.<sup>a</sup>, declarac. del verso 6.<sup>o</sup>, pág. 1115; Edic. B. A. C., 1946.

(2) sor Genoveva de Sta. Faz, Celina, era la segunda enfermera y descansaba en una celda vecina. (Vide “Noviss. Verba”, texto francés.)

Día 16:

Estaba tan débil que apenas podía hablar:

—¡Dios mío!... ¡No tener siquiera la fuerza de hablaros!... ¡Ah, si supiesen!... ¡Si yo no amase a Dios!...

Día 17:

Siento que el buen Dios quiere que sufra. Los remedios que deberían hacerme bien y que aliviarían a los demás enfermos, me ponen peor.

\* \* \*

—Pido a la Santísima Virgen que disminuya esta opresión que la está fatigando tanto—le dije.

—No, no; dejemos obrar al cielo.

Día 18:

Sufro mucho, pero lo que importa es que sufra bien.

\* \* \*

Por la noche, durante la recreación, me dijo:

—Madre mía, le ruego que me lea la carta que recibió para mí. No se lo pedí esta tarde, durante la oración, para prepararme mejor a la Comunión de mañana.

Viendo que tomaba el lápiz para anotarme estas palabras, me dijo:

—Pero así quizá perderé el mérito, porque yo lo digo y V. R. quiere ya escribirlo.

—Entonces—dije—, ¿quiere todavía más méritos?

—Sí, pero no para mí...; para los pobres pecadores... para las necesidades de la Iglesia, para derramar rosas sobre todo el mundo, justos y pecadores.

\* \* \*

Alabé su paciencia, y repuso:

—No es mía. Siempre se equivoca... Y todavía no he tenido un momento de paciencia.

\* \* \*

—¡Qué extraño le parecía si V. C. se curara!

—Si tal fuese la voluntad de Dios, estaría contentísima de ofrecerle este sacrificio. Pero le aseguro que no sucederá así; porque llegar tan adelante, para volver atrás... no lo creo.

Día 19:

A causa de su debilidad le molestaba mucho el menor ruido, aunque fuera la tenue salmodia (en voz baja) del Miserere que precede a la Comunión<sup>1</sup>.

—Se me confunden las ideas... ¡Oh, si sintiesen lo que experimento!... Esta noche, no pudiendo tolerar más el dolor, he pedido a la Santísima Virgen que tomase mi cabeza entre sus manos, para poder soportar este sufrimiento.

\* \* \*

---

(1) En este día recibió su última comunión. La ofreció por el ex-padre Jacinto Loysson. (Véase "Historia de una Alma", capítulo XII, 25. pág. 283.)

Le dieron el crucifijo que besó con ternura. Tenía éste la cabeza inclinada a un lado. Mirándolo, dijo:  
—¡Está muerto!... Y prefiero verle representado así, porque pienso que ya no padece.

\* \* \*

Pidió un medicamento y que se le practicase una de las curas que le causaban más atroces sufrimientos.  
—Se lo pido —dijo— por fidelidad.

\* \* \*

Nunca cesó de velar por las novicias; a una de ellas dijo:  
—No se siente V. C. de través en la silla; esto está prohibido<sup>2</sup>.

---

(2) Santa Teresita, que venía a enseñarnos un nuevo camino para llegar a la perfección, sin salirse del frondoso bosque del Carmelo, comprendió perfectamente con su Padre S. Juan de la Cruz, que el que es fiel en lo poco será fiel en lo mucho y que por las pequeñeces se llega a las cosas grandes. Esta fue una de las ideas capitales de su "Caminito" y así lo enseñó a cuantas almas acudían a ella, especialmente a su amadas novicias.

La espiritualidad carmelitana esclarece extraordinariamente a quienes quieren andar por los senderos del santo nombre de la perfección sobre la importancia capital de los mínimos detalles, dándonos a entender de qué manera la desatención de esas cosas puede causar graves daños a nuestra vida espiritual. Así lo dió a entender la gran Madre Teresa de Jesús: "...Diréis que son cosillas naturales que no hay que hacer caso. No os burléis con eso, que crece como espuma, y no hay cosa pequeña en tan notable peligro..." (Vide, Obras de Sta. Teresa, P. Silverio, o. c. d. "Caminito de Pefecc.", cap. XII, 8 pág. 382. Edic. Burgos, 1939.)

"¡No hay cosa pequeña en tan notable peligro!" Este grito de la Santa Madre es como el resumen de todos los consejos de prudencia que nos dan los místicos del Carmelo. Así nos lo enseñó también el Místico Doctor S. Juan de la Cruz: No podrá llegarse el alma a la contemplación y verdadera unión con Dios, mientras esté atada deliberadamente a alguna criatura. Por pequeño que sea el impedimento bastará para retener al alma, sin dejarla

Yo sufro a instantes. Si nos desanimamos y desesperamos, es tan sólo porque pensamos en el pasado y en el porvenir...

volar hacia la pureza infinita a que quiere reunirse. hasta aquí la doctrina del Santo, resumida. Veamos el texto: "... En cuanto todos los demás apetitos voluntarios, ahora sean de pecado mortal, que son los más graves; ahora de pecado venial, que son menos graves; ahora sea solamente de imperfecciones, que son los menores, todos se han de vaciar y de todos ha el alma de carecer para venir a esa total unión, por mínimos que sean.... estas imperfecciones habituales son: como una común costumbre de hablar mucho, un asimiento a alguna cosa que nunca acaba de querer vencer, así como a persona, a vestido, libro, celda, tal manera de comida y otras conversacioncillos y gustillos en querer gustar de las cosas, saber y oír y otras semejantes..." (Vide. Obras de S. Juan de la Cruz. "Subida". Libro I, cap. XI, 2 y 4. pág. 577. Edic. ut supra.) Así, pues, una criatura por insignificante que sea es suficiente para retener e impedir al alma: como "la mosca que a la miel se arrima impide su vuelo". (Dichos de "Luz y amor...", n. 24, pág. 1195. Edic. B. A. C.) Santa Teresa de Avila escribirá al unisono del Místico Doctor: "Desasiéndonos del mundo y deudos y encerrados aquí.... ya parece lo tenemos todo hecho y que no hay que pelear con nada. ¡Oh hermanas mías!, no os aseguréis ni os echéis a dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones y se los deja en casa: y ya sabéis que no hay peor ladrón, pues quedamos nosotras mismas, que si no se anda con gran cuidado y cada una como en negocio más importante que todos, no se mira mucho en andar contradiciendo su voluntad. hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que pueda volar a su hacedor sin ir cargada de tierra y de plomo." (Vide. Obras de Sta. Teresa. P. Silverio. Edic. Burgos. "Camino de Perfección", cap. X, 1, pág. 374.)

Santa Teresita había visto esbozado su "Caminito" en las obras de sus Santos Padres. Juan y Teresa: Estos nos dan las leyes y razones, pero Teresita, dándonos la mano, nos enseña a practicar esta doctrina de "fidelidad a lo pequeño" del modo más fácil y adecuado a cada individuo. De aquí la venia ese empeño tenaz de que sus hijas espirituales, las novicias y la legión de innumerables almas pequeñas, no dejen escapar un solo suspiro que no vaya encaminado a cumplir fielmente la perfecta voluntad del Señor. "Quería trabajasen con una mano y con la otra defendiesen el alma de la disipación capaz de impedir la unión con Dios..." Y cuando ha de reprender a alguna novicia por alguna infidelidad "a lo pequeño", exclama llena de congoja: "¡Oh, qué pocas son las almas religiosas que piensan cómo deben obrar, diciéndose: No estoy obligada a esto, o a aquello: después de todo, nada malo hay en hablar aquí, o de alegrarse por aquello! ¡Cuán pocas son las almas que obran del mejor modo posible!" (Vide. "L'Esprit", capítulo II, pág. 102; y la misma cita en P. Petitot, O.

Día 20:

Le hablaron de las molestias de una pobre religiosa, enferma de neurastenia, que causaba a las enfermeras; a lo que respondió:

—Cuán venturosa fuera si hubiese sido enfermera, precisamente para curar a esta Hermana. La gracia hubiera llegado más alto que la naturaleza; sí, hubiera gozado mucho cumpliendo este oficio. ¡Hubiera puesto tanto amor en ello!... Me parece que hubiese hecho feliz a esta Hermana... Sobre todo pensando en las palabras de Jesús: “Estaba enfermo y me aliviasteis”<sup>1</sup>.

\* \* \*

No podía tomar la leche porque le causaba náuseas. Para probarla le dije:

—¿Se bebería esta taza para salvarme la vida?  
¡Oh, sí, sí!—respondió—. ¡Vea! ¡Y no lo tomaría por amor de Dios!

Y de un sorbo lo bebió todo.

\* \* \*

Cuando sufro mucho estoy más contenta de ser yo, que si debiese sufrir alguna de VV. CC.

\* \* \*

---

P.) (Sainte Thérèse de Lisieux”, p. 41. Editions de la Revue des Jeunes. Desclée. Paris.) Estos pensamientos los hemos extraído de la sencilla, pero profunda obra: “Présence à Dieu et à soi-même”, par le R. P. Francois de Ste Marie, o. c. d. Edit. du Seuil, Paris.

(1) S. Mateo. XXV. 36.

A propósito de la carta de un sacerdote que decía que la Santísima Virgen no había conocido los sufrimientos físicos, me dijo:

—Madre mía, esta noche mirando a la Santísima Virgen he comprendido que esto no era verdad; he comprendido que Ella no sólo debió padecer en el espíritu, sino también en el cuerpo. Padeció mucho en los viajes, el calor, el frío, el cansancio.

¡Cuántas veces ayunaría!... ¡Si, la Santísima Virgen conoció el sufrimiento!

Qué delicia será conocer en el cielo lo que acaeció en la intimidad de la Sagrada Familia ¡Cuando el Niño Jesús hubo crecido, decía quizá a su Madre que quería ayunar... y la Santísima Virgen respondía: No, Hijo mío, eres demasiado pequeño, no tienes suficientes fuerzas todavía. ¡Quizá no se atrevería a negárselo!

¡Y el buen San José! ¡Cuánto cariño le tengo! El no podía ayunar porque debía trabajar... Le veo fatigarse y enjugarse de tiempo en tiempo su frente sudorosa... ¡Cuánto me apiado de él!... ¡Cuán sencilla debe de haber sido su vida!

Las mujeres de la aldea iban a hablar familiarmente con la Santísima Virgen, tal vez le pedían al Niño Jesús para hacerle jugar con sus hijos. Y el Niño Jesús miraría a su Madre para saber si debía ir o no.

¡Lo que más me agrada en la Sagrada Familia es su vida ordinaria, muy diferente de lo que se cuenta y supone! Por ejemplo, que el Niño Jesús formase pajaritos de barro y después con un soplo los animase. ¡No, el Niño Jesús no hacía milagros inútiles como éste!... Si esto fuera verdad ¿por qué la Sagrada Familia no fue transportada milagrosamente

a Egipto? ¡Esto hubiera sido más fácil y más natural al Señor! En un abrir y cerrar de ojos se hubieran encontrado allí. ¡Por el contrario, en su vida todo ha sido normal, como en la nuestra!

\* \* \*

¡Y cuántas penas, cuántas desilusiones! ¡Cuántas veces llenarían de oprobios a mi buen San José!... ¡Cuántas veces se negarían a pagarle su trabajo! ¡Cuán maravillados quedaríamos si supiéramos todo lo que padecieron!<sup>1</sup>

\* \* \*

—Me he alegrado al saber que se rogaba por mí. Entonces he dicho al Señor que aplicase estas oraciones a los pecadores.

—¿Pues no quiere nada para V. C.?

—¡No!

Día 21:

La miraba yo de rodillas, con el corazón lleno de tristeza, orando por ella.

---

(1) En este párrafo, Teresita se nos muestra verdaderamente hija de la Santa Iglesia y discipula fiel de su infalible Magisterio. hermosas son las narraciones apócrifas de la vida de Jesús, y llenas de piedad, especialmente en las que se nos habla de Jesús infante, pero un alma del temple de Teresita, dada a la práctica de la perfección por el camino de la fe pura, sin mezcla de sentimientos, no podría alimentarse sino de la verdad. Si le encantaba el misterio de la Humanidad de Cristo, no fue por esos milagros y maravillas de que nos hablan las leyendas, sino por su vida sencilla, en todo semejante a la nuestra, excepto en el pecado. Así lo vieron los más grandes santos.

—¿Por qué está triste, Madrecita mía?

—Porque V. C. sufre tanto—le dije.

Sí; pero, en cambio, ¡cuánta paz! ¡Oh, qué paz!

\* \* \*

Le dije que en cierta ocasión, en que no fue bien comprendida, la reputaron imperfecta. Me contestó:

—¡Tanto mejor!

Día 22:

Sufría muchísimo en todo su cuerpo, y había motivos para tener serias complicaciones.

—Pues bien, al fin y al cabo es mejor sufrir mucho y en todas partes y tener muchas enfermedades juntas.

“Es como cuando uno viaja, que aguanta toda clase de incomodidades, sabiendo que acabará pronto, y que una vez llegado a su término podrá gozar tranquilamente.

\* \* \*

Madre mía, ¿qué sería de mi si Dios no me diese fuerzas?... Ya no me quedan libres sino las manos... ¡No se puede imaginar qué cosa sea este sufrimiento! ¡Es necesario haberlo experimentado!

\* \* \*

De cuando en cuando gemía dulcemente. Al cabo de un rato nos dijo:

—No debo quejarme más; esto no sirve para nada. Recen por mí, hermanitas mías...

Al vernos de rodillas, repuso bondadosamente:

—No; de rodillas, no; sentadas.

Día 23:

—Nunca he pasado una noche tan triste como ésta. ¡Oh, cuán bueno es el Señor para que yo pueda soportar todo lo que sufro! ¡No hubiera creído posible padecer tanto!... Sin embargo, no creo haber llegado al fin de mis sufrimientos; pero El no me abandonará nunca.

—Pero V. C. ha cantado: “Todo lo que Jesús me ha dado puede tomarlo de nuevo”—le dije—, y El lo cumple al pie de la letra...

Si, ¡y no me arrepiento de haberlo dicho!

\* \* \*

El señor no me hace prever una muerte próxima; tan sólo presiento padecimientos mayores... Pero no me apena esto, porque sólo quiero pensar en el presente.

\* \* \*

Dijo a su enfermera:

—Ruegue a la Santísima Virgen por mí, porque si V. C. estuviese enferma yo rogaría mucho por V. C.

Pero cuando es para mí misma, no me atrevo a pedir nada.

\* \* \*

Habia ofrecido sus padecimientos por un joven seminarista que sufría muchas tentaciones contra su vocación. Sen enteró éste y el escribió una conmovedora carta llena de humildad. A propósito de ella me dijo:

—¡Cuánto me ha consolado esta carta! ¿Han notado los sentimientos de humildad con que se expresa? Me he dado cuenta que mis pequeños sacrificios han dado fruto ¡Cómo me conforta al ver, por esta carta, que en tan poco tiempo se puede tener tanto amor y tanto reconocimiento hacia un alma que nos ha hecho bien y que apenas conocemos!

¡Qué será el cielo donde las almas conocerán aquellos a quienes deben su salvación!

\* \* \*

Siguió hablándome de la Santísima Virgen, diciéndome todo cuanto había oído en los sermones sobre Ella, no la habían conmovido:

¡Cuánto me hubiera gustado ser sacerdote para predicar sobre la Santísima Virgen! Me parece que hubiera bastado uno solo para dar a entender lo que pienso de Ella.

Hubiera hecho ver, en primer lugar, hasta qué punto se desconoce la vida de la Santísima Virgen María. No sería necesario decir de Ella cosas inverosímiles o que no se saben; por ejemplo, que de pequeña, a los tres años, se presentó al Templo para ofrecerse al Señor con ardientes sentimientos de amor y extraordinario fervor, cuando quizá fue solamente y sencillamente para obedecer a sus padres.

¿Por qué decir también, a propósito de las palabras del Santo Viejo Simeón que la Santísima Virgen desde este momento tuvo constantemente presente ante sus ojos la Pasión de Jesús? “Una espada de dolor traspasó tu alma“<sup>1</sup>. Ya ve, V. R., que ésta era una predicción para más tarde.

\* \* \*

Para que un sermón sobre la Santísima Virgen dé su fruto, es preciso que nos muestre su vida REAL, como el Santo Evangelio nos la deja entrever y no su vida “supuesta”; se adivina perfectamente que su vida en Nazaret y más adelante debió ser del todo ordinaria... “Y les estaba sujeto”...<sup>2</sup>. ¡Qué sencillo es esto!

Se nos presenta a la Santísima Virgen inaccesible, se nos debería presentar imitable, practicando las virtudes ocultas; decir que vivía de fe, como nosotros, y dar las pruebas que se leen en los Evangelios, donde dice: “Y no comprendía lo que les decía”...<sup>3</sup>. “Su padre y su Madre se admiraban de las cosas que se decían de El”<sup>4</sup>. Esta admiración denota cierta extrañeza, ¿no le parece, Madre mía?

Cuanto me gusta cantar a la Virgen:

El estrecho camino de los cielos  
Tú le has hecho accesible, practicando  
las virtudes sencillas de los pobres<sup>5</sup>.

\* \* \*

---

(1) Luc., II, 35.

(2) Luc., II, 51.

(3) Luc., II, 50.

(4) Luc., II, 33.

(5) Poesías. “Porque te amo...”. Estrofa VI.

Un poco más tarde me dijo volviendo sobre este mismo pensamiento:

Se sabe muy bien que la Santísima Virgen es la Reina del Cielo y de la tierra, pero *es más Madre que Reina*; no es, pues, conveniente hacer creer que a causa de sus prerrogativas eclipsa la gloria de todos los Santos, como el sol que al levantarse por oriente eclipsa todas las estrellas con su luz (como yo le he oído decir muchas veces).

¡Oh, Dios mío, qué extraño es esto! ¡Una Madre que hace desaparecer la gloria de sus hijos! Yo creo todo lo contrario, pienso que aumentará muchísimo el esplendor de los elegidos.

Cosa buena es hablar de sus prerrogativas, pero no conviene quedarse en esto. Es preciso hacerla *amar*. Si al oír un sermón sobre la Santísima Virgen, uno se ve obligado a exclamar en sí mismo y decir desde el principio al fin: ¡Ah!... ¡Ah!... y nada más, se fatiga y por este camino no llegará ni al amor ni a la imitación. ¡Quien sabe si alguna alma no llegaría a sentir, desde este momento, hasta cierto alejamiento de una criatura tan extraordinaria!...

El único privilegio de la Santísima Virgen es el haber sido preservada del pecado original y ser Madre de Dios. Y aun en cuanto a este último punto, Jesús nos dijo: “El que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre”<sup>1</sup>.

Por otra parte, nosotros somos todavía más dichosos que Ella, porque... ¡Ella no tuvo una Virgen Santísima a quien amar!... ¡Es una gran

---

(1) Mateo, XII, 50.

dulzura más para nosotros, y una dulzura menos para Ella!...

¡Oh, cuánto amo a la Santísima Virgen María!

\* \* \*

... Cuando hemos pedido alguna cosa a la Santísima Virgen y parece que no nos ha escuchado, debemos dejarla obrar sin insistir más, ni atormentarnos más.

Día 24:

Le pregunté si le faltaba valor. Me dijo:

—No; pero, sin embargo todo va peor... Cada vez que respiro sufro violentamente.

Luego, corrigiéndose, repuso:

—No; no todo va peor, sino que todo va mejor...

Día 25:

Le manifesté mi deseo de conocer la fecha de su muerte. Me respondió:

—¡Ah! ¡Yo no lo deseo saber! ¡No me inquieto por ello! ¡Oh, Cuánta paz gusto!...

\* \* \*

Todas las noches venía cierta Hermana a la enfermería, se colocaba a los pies de su lecho y se quedaba mucho tiempo mirándola y sonriéndole... Nuestra Santita le volvía sus sonrisas... Pero yo

sentía que esta indiscreta visita la fatigaba mucho. Al preguntárselo me respondió:

—Sí; es muy doloroso cuando se sufre ser mirado con sonrisa; pero creo que Nuestro Señor también había sufrido este género de miradas en medio de sus sufrimientos en la cruz; por eso dice el Evangelio que le “miraban moviendo las cabezas”<sup>1</sup>. Este pensamiento me ayuda a ofrecerle de todo corazón este sacrificio.

\* \* \*

—¡V. C. sufre mucho! ¿Está desconsolada o desanimada?

—¡Oh, no! No estoy del todo desconsolada... El Señor me da solamente lo que yo puedo soportar.

\* \* \*

—Pobrecita mía, V. C. puede muy bien repetir este versículo del Salmo; “¡Cuán largo es mi destierro!”...

—¡Pero yo no lo encuentro largo! No porque yo sufro, es más largo mi destierro<sup>2</sup>.

\* \* \*

Habíamos hecho una ferviente plegaria para obtenerle un poco de alivio. Al ver que no había sido atendida nuestra petición, nos dijo:

—¡A pesar del sentimiento que sentí al principio, he repetido al Señor y a todos los Santos que todavía les amo más!

\* \* \*

---

(1) Marcos, XV, 29.

(2) Salmo CXIX, 5.

A causa de su gran sufrimiento se hallaba en una indecible angustia y agitación. De vez en cuando nos rogaba que orásemos e hiciéramos rezar por ella:

—¡Oh! ¡Si supiesen cuán necesario es rezar por los agonizantes!... ¡Cuán necesaria es aquella plegaria de Completas “Procul recedant somnia et noctium phantasmata!...”<sup>1</sup>.

Creo que el demonio ha pedido a Dios tentarme con un sufrimiento extremo para hacerme faltar de paciencia y de fe...

\* \* \*

Se quejaba, pero dulcemente.

—¡Oh, cómo me quejo!... Pero no quisiera sufrir menos... estoy pronta a todo... ¡Es necesario abandonarse a Dios!...

Hermanitas mías, quisiera que estuviesen también alegres.

Día 26:

Habíamos dejado un cirio bendito encendido durante toda la noche.

—¡Gracias al cirio bendito no he pasado una mala noche!...

\* \* \*

Estoy muy satisfecha de no haber pedido voluntariamente estos sufrimientos al Señor, porque así El está obligado a darme fuerzas para sobrellevarlos.

\* \* \*

---

(1) Vide completas, himno, en Brev. Rom. Se traduce: “Huyan lejos los fantasmas y sueños de la noche...”

—Me parece—le dije—que V. C. está hecha para sufrir; su alma es de ese temple.

—¡Ah!, para sufrir espiritualmente, si, puedo mucho... pero para sufrir corporalmente, soy como una niña pequeña, muy pequeña... Sufro de minuto en minuto, casi sin darme cuenta.

\* \* \*

Madre mía, ¡cuán necesaria es la ayuda de Dios cuando uno sufre tanto!

\* \* \*

Sufría sed continuamente. Sor María del Sagrado Corazón le dijo:

—¿Quiere agua helada?

Y se le escapó esta respuesta:

—¡Oh, cuánto la deseo!

A esto repuso Sor María del Sagrado Corazón:

—Pero nuestra Madre Piora le ha mandado que pida todo lo necesario. ¡Hágalo por obediencia!

Respondió:

—¡Ya pido lo que necesito!...

—Pero V. C. tan sólo pide lo meramente preciso; nunca lo que pudiera aliviarla.

—No, tan solamente lo necesario.

Al cabo de un rato que había bebido, miró nuevamente su vaso de agua fresca.

—Beba un poco más—le dijeron.

—No, todavía no tengo la lengua bastante seca<sup>1</sup>.

(1) Se habló ya del espíritu de mortificación de Sta. Teresita, en la "Historia de un Alma", cap. VII, 33, pág. 152 y IX, II, página 196:

Día 27:

—Quizá todavía estará enferma hasta la primavera; lo temo. ¿Qué diría V. C. si sucediera así?

—Pues muy bien, tanto mejor.

Día 28:

Me señaló desde la ventana un lugar oscuro del jardín.

---

bástenos recordar aquí que sus sacrificios fueron tan incontables como las arenas del mar. “Las raíces de su santidad se ocultaron en lo más profundo de la abnegación, humildad y simplicidad extraordinarias.” El relatar los sacrificios y mortificaciones que Santa Teresita practicó durante su vida religiosa sería un trabajo asaz dificultoso que no acabaríamos aquí en esta vida. Recuerde el lector aquellas que en “L’Esprit” se nos refieren, entre otras muchas: “jamás se excusaba; su fidelidad a la santa obediencia, que la hacía romper el mejor de los pasajes de su lectura, y esto aun siendo niña; su silencio, ante las razones de su hermana, que la impidió dedicarse al dibujo; su delicadeza en doblar y guardar las abandonadas capas de sus hermanas en Religión; aquella lentitud intencionada al tomar los remedios amargos al paladar; su fidelidad a las santas costumbres, que la hicieron devolver siempre los utensilios que había usado, hasta el punto que, a ejemplo de S. Juan de la Cruz, no hubiera podido conciliar el sueño teniendo en su celda un alfiler más de los precisos; la misma fidelidad en recoger los desperdicios de su lápiz cuando hacía punta en él; su abnegación y silencio al ver que la arrebataban su ración de sidra, pues una hermana antigua y enfermiza como la Santita, estaba también privilegiada en poder tomar sidra en lugar de la bebida menos fortificante que las religiosas elaboraban para uso de comedor, pero por estar ambas juntas en el refectorio, la Hermana jamás se acordó de dejar la ración perteneciente a su santa compañera, y ésta, por no humillarla, se abstuvo hasta de beber agua; su humildad en recibir las sobras de la Comunidad; su heroica sonrisa al sufrir por largo rato el agudo dolor de una aguja clavada en sus espaldas, por descuido de una Hermana; la pobreza de su vestido y calzado..., en fin, largo sería enumerarlos. La Santita vivió en continuo sacrificio, precisamente por que quiso ser “fiel en lo poco”. Más dignos de admiración son éstos si consideramos la naturalidad y alegría con que los sostuvo; tanto que la misma sonrisa que la hizo merecer, entre sus Hermanas de hábito, la fama de que nada había sufrido. (Vide “L’Esprit”, donde se explanan más detalladamente estos pensamientos. Capítulo II, págs. 17 y siguientes.)

—Mire; ¿ve allá en el jardín, cerca de los castaños, aquel ángulo lóbrego donde nada se distingue?

Pues bien, pues así me hallo yo de alma y cuerpo... ¡Oh! ¡Qué tinieblas! ¡Sin embargo, me siento inundada de paz!

\* \* \*

Mirando la imagen de la Santísima Virgen, dijo:

—¡Oh, mi buena Virgen Santísima! He aquí lo que me hace desear la muerte: porque canso mucho a las enfermeras y reconozco que con mi enfermedad causo mucha pena a mis hermanitas. ¡Si, quisiera irme!

\* \* \*

La Madre Priora y otras Hermanas hablaban de su hermosura y de sus encantos exteriores, y se lo contaron a ella.

—¡Ah! Y ¿qué me importa a mí esto? Menos que nada; ¡hasta me enoja! Cuando una está tan cercana a la muerte no puede gozarse en tales cosas.

\* \* \*

A una de sus novicias, dijo:

—Cuando esté yo en el Cielo será preciso que llenen mis manos de pequeños sacrificios y oraciones para darme el gusto de poderlas derramar en lluvia de gracias sobre las almas.

Día 29:

Le dije:

—Es muy duro padecer sin ningún consuelo interior.

Me contestó:

—Sí, pero es un sufrimiento sin inquietud. Estoy contenta de padecer porque Dios lo ha querido.

\* \* \*

La leí la parábola del Samaritano, en el propio de la misa del domingo<sup>1</sup>:

—Yo soy como este pobre viejo, “semivivo”, mitad viva, mitad muerta.

Día 30:

Le dije:

—¿Estaría V. C. contenta si le dijeren que dentro de unos días moriría? ¿Estaría más contenta con esto que si le anunciaran que aún le quedaba mucho que sufrir por largos meses y aún por muchos años?

—¡Oh, no estaría más contenta por todo esto! ¡Lo único que me alegra es solamente la voluntad de Dios!

Día 31:

¡Cuánta necesidad tengo de ver las maravillas del cielo! En la tierra ya nada me conmueve...

\* \* \*

---

(1) Esta parábola se lee en el Evangelio del Domingo XII, después de Pentecostés.

¡Oh! ¡parece increíble cómo se han realizado todos mis deseos! En otro tiempo, cuando leía los escritos de San Juan de la Cruz, suplicaba al Señor que obrase en mí lo que él describe; es decir: santificarme en poco tiempo, como si hubiese vivido largos años; en fin, consumirme rápidamente en el amor... y ¡he sido escuchada!<sup>1</sup>.

\* \* \*

Me contó que en otro tiempo para mortificarse mientras comía, pensaba en cosas que le causaban repugnancia. Añadió:

—Pero más tarde, juzgué más sencillo ofrecer al Señor todo lo que encontrase conforme a mi gusto, dándole gracias de ello.

\* \* \*

Estaba agotada.

—¿Qué fortaleza de ánimo necesito para hacer una simple señal de la cruz! Solamente puedo decir: ¡Dios mío!... ¡Dios mío, tened piedad de mí!

---

(1) Vide. Obras de San Juan de la Cruz, "Llama de Amor viva", canc. I, v. 6, declaraciones, pág. 1117. Edic. B. A. C.

## SEPTIEMBRE

Día 2:

He ofrecido mis sufrimientos interiores principalmente por un miembro de nuestra familia (espiritual) que no tiene fe<sup>1</sup>.

\* \* \*

¡Oh, si, yo deseo el cielo! ¡Dios mío, rompé la tela de este dulce encuentro!<sup>2</sup>.

\* \* \*

Cuando se acepta mansamente la humillación de haber sido imperfecta, la gracia de Dios vuelve en seguida...

Día 3:

Le explicaba lo que se decía de la recepción triunfal hecha por Francia al Zar de Rusia.

---

(1) Seguramente la Santa hace referencia al ex-carmelita Padre Loysson. Vide "Historia de un Alma", cap. XII, 25. pág. 283.)

(2) Obras de S. Juan de la Cruz. Edic. ut supra. "Llama..." cant. I. vers. 6.º

—¡Ah!, todo eso no me atrae... Hábleme de Dios, de los ejemplos de los Santos; en fin, de todo lo que es “verdad”...

#### Día 4:

Le presentaron un poco de carne para que la comiese. Ella dijo:

—Estoy muy contenta de que también la carne me produzca náuseas; por lo menos, así no podré saborearla.

—Si supiese V. R. de cuánta calma me inunda el sólo pensamiento de que pronto iré al Cielo. Sin embargo, a pesar de ser muy feliz, no puedo decir que experimento un vivo gozo, ni transporte de alegría ¡no!

—¿Entonces, V. C. desea en estos momentos más bien morir que vivir?

—¡Oh! Madrecita mía, os lo repito de nuevo: no, yo no quiero más una cosa que otra. Lo que el Señor quiera y elija para mí, ¡eso es lo que más me gusta!

#### Día 5:

—Si le dijese que iba a morir repentinamente, ahora mismo, ¿os estremecería esto?

—De ninguna manera. ¡Con qué dicha me iría de esta tierra!

—Entonces, si se curara, sufriría una gran decepción.

—¡No, de ningún modo! Si me curara me mirarian con extrañeza y yo diría: Estoy muy contenta de

haberme curado; así podré servir todavía más al Señor sobre la tierra, puesto que es su voluntad.

“Habría ya sufrido como si me fuese a morir; pero es igual, ¡volvería a empezar de nuevo!

\* \* \*

Le dije que durante el tiempo que yo había estado con ella había sufrido menos. Me respondió:

—¡Oh, todo lo contrario!... He sufrido mucho, mucho... ¡Pero me he quejado sólo a la Santísima Virgen!

Día 6:

Hoy recibimos una reliquia del santo mártir Teófanos Venard. Ella le recibió con lágrimas de emoción.

Durante la tarde se mostró afectuosa y encantadora para con todos en mil maneras. Yo le dije:

—He notado que en cuanto V. C. puede vuelve a ser la misma que cuando gozaba de buena salud.

—¡Oh, sí, es verdad! ¡Sí, en cuanto puedo procuro lo mejor que puedo por mostrarme alegre, para poder complacerlas!

\* \* \*

Día 8:

Para festejarla en el aniversario de su profesión, le trajeron un ramo de flores silvestres; además, durante aquel día un jilguero entró en la enfermería y fue a

saltar sobre su cama. Estos pequeños acontecimientos la emocionaron dulcemente y nos explicó la razón de ello:

—Es a causa de las delicadezas del Buen Dios para conmigo; exteriormente, me siento colmada, sin embargo, interiormente continuamente estoy en prueba... ¡pero también inundada de paz!

Día 9:

¡Sé muy bien lo que es padecer!

Día 11:

¡Tengo miedo de haber temido la muerte!... ¡Pero no me asusta lo del “más allá”, ni siento añoranzas de vivir, no!... Yo me digo, tan sólo con un poquito de aprehensión: ¿En qué consistirá esta misteriosa separación del alma y del cuerpo?... Es la primera vez que me ha sucedido esto..., pero en seguida me he arrojado en los brazos de Dios.

\* \* \*

Les suplico que me den mi crucifijo para que lo bese después del acto de contrición y así gane la indulgencia plenaria en favor de las almas del purgatorio. ¡No puedo ofrecerles nada más!<sup>1</sup>.

¿He de tener miedo al demonio?... Creo que no, porque siempre he obrado por obediencia.

\* \* \*

---

(1) Inútil será insistir nuevamente sobre la devoción de Teresita hacia las almas del Purgatorio. Fue fiel hija de la Gran Teresa de Jesús. Esto lo

Entretejió dos coronas de acianos para la “Virgen de la Sonrisa”. Una de ellas la colocó a sus pies y la otra la puso en su mano. Al ver esta última (en las manos de la Virgen) le dije señalándosela<sup>1</sup>:

—¿Ha creído, sin duda, que esta corona será para V. C.?

—¡Oh, no! La Santísima Virgen hará de ella lo que guste. Lo que yo le doy es sólo para Ella, para complacerla...

\* \* \*

Un poco más tarde dijo:

—No; no deseo ver a Dios mientras esté en la tierra. ¡Oh, no! ¡Y sin embargo, lo amo! También amo muchísimo a la Santísima Virgen y a todos los Santos y tampoco deseo verlos aquí abajo! ¡Prefiero vivir vida de fe!

\* \* \*

Una novicia con intención de distraerla un poco, agradablemente, le presentó un libro ilustrado, que contenía muchas historietas recreativas. Ella lo rechazó diciendo:

—¡Cómo cree V. C. que este libro pueda interesarme? estoy demasiado cerca de mi eternidad para querer entretenerme con estas bagatelas...

---

resume todo. Celosísima por la salvación de las almas, trabajó no sólo para librarlas del infierno, sino también para redimirlas del Purgatorio. Así, hizo voto de ofrecer todos sus méritos por estas pobrecillas, mediante la misericordiosa intercesión de la Santísima Virgen. Además se ejercitó continuamente en devotos actos de virtud y mortificación para ganarles gracias.

(1) Estas coronas se conservan todavía expuestas en la Sala de reliquias.

Día 13:

Le presentaron un ramillete de violetas.

—¡Oh, el perfume de las violetas!—exclamó.

Después me preguntó por señas si podía olerlas sin faltar a la mortificación (me pidió permiso).

Día 14:

Le ofrecieron una hermosa rosa, cogida en el jardín. La deshojó con suma piedad sobre su crucifijo, tomando uno de sus pétalos para enjugar amorosamente sus llagas:

En el mes de septiembre Teresita deshoja todavía a Jesús rosas primaverales.

¡Al deshojar la rosa de primavera  
por Ti, tu llanto enjugar quisiera!

Y como los pétalos se deslizasen de su cama al suelo dijo:

—Recojan estos pétalos, Hermanitas mías. Más tarde os servirán para satisfacción del prójimo. ¡No perdáis ni un solo!<sup>1</sup>

\* \* \*

¡Oh! ¡Ahora estoy en plena confianza de que mi destierro llega a su fin!

\* \* \*

---

(1) Uno de estos pétalos curó de un cáncer en la lengua a un anciano francés, Sr. Fernando Aubry, hospitalizado en las Hermanitas de los Pobres de Lisieux (10 de septiembre de 1910). (Vide "Noviss. Verba". texto francés.)

El médico le había asegurado que no tendría agonía, pero como cada vez aumentaban sus sufrimientos, nos dijo:

—¡Me habían dicho que no tendría agonía!... ¡A pesar de todo, quisiera tenerla!

—Y si le hicieran escoger de tenerla o no tenerla, ¿qué elegiría?

—¡No escogería nada!...

\* \* \*

Le dije:

—Cuando V. C. esté en el cielo los grandes sufrimientos de hoy le parecerán muy poca cosa.

Me contestó:

—¡Lo mismo que en la tierra! ¡Siempre me han parecido muy poca cosa!...

\* \* \*

Por la noche, durante el recreo, me dijo:

—Este mediodía oí que decían a una Hermana que había preguntado por mi salud: “Está muy fatigada”. Entonces pensé: Es mucha verdad, tienen razón. Sí, yo soy como un viajero fatigado que cae sin fuerzas al llegar al fin de su largo viaje.

¡Si, pero, yo he caído en los brazos del Señor!

Día 16:

En contestación a varios consejos que le pedía, me dijo:

—Lo que atrae las luces y ayuda de Dios para guiar y consolar a las almas, es el no contar las penas

personales para consolarse; muy al contrario, obrando de esa manera no se alcanza consuelo verdadero, sino que se excita uno más en lugar de apaciguarse.

Día 17:

Le hicimos ver nuestra tristeza al ver que su estado iba de mal en peor. Nos dijo:

—Cuando se está con una enferma se ha de estar alegre. No deben lamentarse como si no quedara esperanza... Al fin, VV. CC. acabarán por hacerme desear la vida.

—¡Oh, eso sí que nos disgustaría!—dijéronla.

Entonces contestó con un tono un poco intencionado:

—Es verdad. Lo dije solamente para asustarlas.

Día 20:

El médico había alabado su heroica paciencia.

—Pero, ¿cómo es posible que diga que soy paciente? ¡Eso es casi mentir!... Estoy siempre gimiendo, suspirando, gritando continuamente: ¡Dios mío, Dios mío! ¡No puedo más! ¡Tened piedad de mi!

Día 22:

Le dije:

—Pobrecita, ¿cómo es posible que vuestra Caridad sufra tanto? Parece que los santos os han abandonado. Los llamáis, pero ellos no acuden, no vienen a buscaros.

—¡Oh, pero les amo igual!... Quieren ver hasta dónde llega mi confianza.

\* \* \*

Después de haberle recordado ciertas circunstancias de su vida que se vio humillada, añadí:

—¡Oh, cuántas veces me apiadé de V. C.!

—¡Oh, Madre!, le aseguro que no hubiera sido necesario tenerme tanta compasión. Me cernía yo de tal manera por encima de todas las cosas, que siempre salía fortalecida de mis humillaciones. No hubo más valiente que yo en esta batalla.

Día 24:

Por el Aniversario de su toma de velo obtuve permiso para hacer celebrar una misa por ella. Me lo agradeció, pero como yo la veía sufrir tanto, le dije:

—¡Ah, pero no ha sentido ningún alivio!

Me respondió:

—¿Pero era para aliviarme que hizo celebrar una misa?

—Para su bien...—le respondi.

—¡Mi bien está solamente en sufrir!

\* \* \*

¡Pronto hablaré el lenguaje de los ángeles!

—¿Tiene intuición de su muerte ya cercana?

—¡Oh! Madre mía... ¡Intuiciones!... ¡Si supiese en qué aridez me encuentro! No sé nada más que lo que sabe V. R. No adivino nada, a no ser por lo que veo y

siento. ¡Pero mi alma, a pesar de sus tinieblas, goza de maravillosa paz!

\* \* \*

V. C. parece que jamás se cansa de sufrir, ¿pero verdad que en el fondo ya lo está un poco?

—No; cuando no puedo más, no puedo más. ¡Helo aquí todo!

\* \* \*

—En el cielo la colocarán entre los serafines.

—Si es así, no los imitaré; porque ellos se cubren con sus alas en la presencia de Dios<sup>1</sup>, pero yo me guardaré bien de cubrirme con mis alas...

Día 25:

Le expliqué lo que había dicho en la recreación sobre la responsabilidad de aquellos que tienen cargo de almas y de quienes han vivido largos años. Me dijo:

—Los pequeños serán juzgados con extrema dulzura<sup>2</sup>. Y es muy fácil permanecer pequeño, aunque sea teniendo los más elevados cargos o viviendo muchos años.

Si yo me muriera a los ochenta años, si hubiera vivido en muchos conventos cargada siempre de responsabilidades, hubiese permanecido, lo sé muy bien, tan pequeña como hoy. Está escrito que al fin “el Señor se levantará para salvar a todos los

---

(1) Isaias, VI, 2.

(2) Sabiduría, VI, 7.

mansos y humildes de la tierra”<sup>3</sup>. No dice “juzgar” sino “salvar”.

En estos últimos días, en los que sufría tanto, me dijo en medio de sus angustias:

—Madre mía, ¿qué es escribir bellas cosas sobre el padecer? ¡Nada, nada! ¡Precisa probarlo para saberlo!...

Guardaba yo una penosa impresión de estas palabras, cuando este día (25), como si recordase lo que me había dicho, me miró con una expresión singular y pronunció estas palabras:

—Ahora sé muy bien que todo cuanto he dicho y he escrito es puramente la verdad... ¡Es verdad que he deseado sufrir mucho por Dios, y es verdad que todavía lo deseo!

\* \* \*

Le dijeron:

—¡Oh, es horroroso lo que sufre!

—No; no es horroroso. Una pequeña víctima de amor no puede encontrar horroroso lo que su Esposo le manda.

Día 27:

Una de sus novicias vino unos momentos a la enfermería. Viendo a nuestra enferma tan calmada y animosa, en medio de sus sufrimientos, le dijo:

—¡Su Caridad es un ángel de dulzura y paciencia!

—¡Oh! No, yo no soy un ángel. Los ángeles no pueden sufrir. ¡No son tan felices como yo!

---

(3) Salmo LXXV, 9.

Día 28:

¡Me falta el aire de la tierra!... ¿Cuándo me dará Dios el aire del cielo?

Día 29:

Vigilia de su muerte.

Desde la mañana parecía estar en la agonía. Tenía estertor y no podía respirar. Al mediodía dijo a la Madre Piora:

—Madre mía, ¿es esto la agonía? ¿Cómo voy a hacerlo para morir? ¡Jamás sabré morir!...

\* \* \*

Le leí en francés el oficio de San Miguel Arcángel, y las preces para los agonizantes. Cuando llegamos al versículo “A potestate diaboli libera eam”, hizo un gesto como amenazándoles y exclamó sonriendo:

—¡Oh, oh!...

Con un tono que significaba: “¡No tengo miedo a los diablos!”

\* \* \*

Después de la visita del médico, dijo a nuestra Madre Piora:

—¿Es hoy, Madre mía?

La Madre le respondió afirmativamente y nosotras añadimos:

—¡El Señor hoy está muy contento!

—¡Y yo también!

\* \* \*

¡Qué dicha si muriese ahora mismo!

\* \* \*

Por la tarde:

—¡No puedo más! ¡Oh, recen por mí!... Si supieran...

\* \* \*

A Sor Genoveva de Santa Faz, que le había pedido una palabra de despedida, le dijo:

—¡Ya lo he dicho todo!... ¡Todo se ha consumado!...!.  
¡Lo único que vale es el amor!

\* \* \*

Después de Maitines, como estaba sumergida en un verdadero martirio, juntó las manos y con una voz dulce y piadosa dijo:

—Sí, Dios mío; sí, Dios mío... ¡Lo quiero todo!

—¿Es, pues, muy atroz su sufrimiento?—le preguntó la Madre Priora.

—No. Madre mía, no es atroz; sino mucho, mucho... ¡Justamente hasta lo que yo puedo sufrir!

Suplicó que la dejaran sola durante la noche. La Madre Priora no lo consintió. Sor María del Sagrado Corazón y Sor Genoveva de la Santa Faz se repartieron el consuelo de velar a la dulce enferma.

Día 30:

Jueves. Día de su preciosa muerte.

---

(1) Juan, XIX, 30.

Por la mañana, durante la Santa Misa, le hacía compañía yo misma. No me dijo ni una palabra. Estaba agotada, inquieta. Sus sufrimientos claramente veía que eran indecibles. Un momento dado juntó sus manos y mirando la Imagen de la Santísima Virgen, colocada frente a su cama, dijo:

—¡Oh! ¡Le he rogado con un fervor!

—Pero es la agonía, puramente la agonía... ¡sin mezcla de consuelo!

\* \* \*

En todo el día no cesaron sus tormentos un instante. Parecía enteramente extenuada y, sin embargo, con mucha sorpresa nuestra, se movió, pudo sentarse en el lecho y decir:

¡Mire, Madre mía, cuánta fuerza tengo hoy! ¡No, no estoy para morir!

¡Quizá tardaré todavía algunos meses! ¡Ya no creo más en mi muerte, únicamente creo en los sufrimientos!... Y mañana todavía serán peores...

¡Oh! ¡Mucho mejor!...

\* \* \*

¡Oh, Dios mio!... ¡Cuánto le amo!...

¡Oh! Mi buena Santísima Virgen! ¡Socorredme!... Si esto es la agonía, ¿qué será la muerte?

\* \* \*

¡Madre mía, le aseguro que el cáliz está lleno hasta el borde! Pero el Señor no me abandonará... ¡Jamás me ha abandonado!

\* \* \*

¡Si Dios mio, todo lo que queráis! Pero, ¡tened piedad de mi!

¡Hermanitas mías, hermanitas mías, rueguen por mi!...

¡Dios mio, Dios mio! ¡Vos que sois tan bueno!... ¡Sí, sois muy bueno! ¡Yo lo sé!

\* \* \*

Hacia las tres puso los brazos en cruz. La Madre Priora puso sobre sus rodillas una imagen de Nuestra Santísima Madre la Virgen del Carmen. La miró un instante y exclamó:

—¡Oh! Madre mía, preséntame V. R. muy pronto a la Santísima Virgen... ¡Prepáreme a bien morir!

La Madre Priora le respondió que habiendo practicado ella siempre la humildad, tenía ya hecha la preparación. Reflexionó un instante y después dijo humildemente:

—¡Sí; me parece que nunca he buscado otra cosa sino la verdad!... ¡Sí; he comprendido la humildad de corazón!

Además, todavía repitió:

—¡Todo lo que he escrito sobre mis deseos de sufrir, oh, es absolutamente la verdad!

Y con completa seguridad:

—¡No me arrepiento de haberme entregado al Amor!

\* \* \*

Desde este momento nos pareció que no era ella la que sufría. Varias veces pensé en aquellos mártires

entregados al verdugo, pero siempre animados con una fuerza divina.

Ella repetía con ardor:

—¡Oh! ¡No..., no me arrepiento de haberme entregado al Amor! ¡Al contrario!...

\* \* \*

Un poco más tarde dijo:

—Jamás hubiera creído que fuera posible sufrir tanto... ¡Jamás! ¡Jamás!... ¡Sólo puedo explicármelo por el vehemente deseo que tengo de salvar almas!

\* \* \*

Con angustia:

—No puedo respirar, no puedo morir...

Y luego con resignación:

—¡Pero todavía quiero sufrir más!

\* \* \*

Mis deseos han sido realizados, aun los más pequeños... Por tanto, el mayor de todos, morir de amor, también se realizará.

\* \* \*

Cerca de las cinco de la tarde estaba yo sola con ella. De pronto su rostro mudó de expresión: empezaba la agonía. Cuando la Comunidad entró en la enfermería, acogió a cada una de las religiosas con una dulce sonrisa. Tenía su crucifijo entre las manos y continuamente le dirigía la mirada.

Durante dos horas seguidas un terrible estertor atormento su pecho. Su rostro estaba congestionado, sus manos amoratadas: tenía los pies helados y un extraño temblor la hacía estremecer en todo su cuerpo. El sudor abundante, cuyas gotas semejaban perlas, resbalaba por su rostro. La opresión, cada vez más aguda, la hacía prorrumpir en quejas forzadas, para poder respirar.

Tenía la boca tan seca, que Sor Genoveva de la Santa Faz, queriéndola consolar, puso sobre sus labios un pedacito de hielo. Nadie, ninguna de nosotras podrá olvidar jamás la dulce mirada y sonrisa celestial de nuestra Santita hacia "Celina" en este momento. Fue como un supremo esfuerzo, un último "adiós"<sup>1</sup>.

\* \* \*

A las seis (de la tarde), cuando sonó la campana tocando el "Angelus", levantó sus ojos suplicantes hacia la imagen de la Santísima Virgen.

A las siete y algunos minutos, la Madre Priora, creyendo que su estado se quedaba y no pasaría adelante, despidió a la Comunidad. Ella suspiró:

—Madre mía, ¿no estoy ya en la agonía?... ¿No voy a morir?

Sí, hija mía, es la agonía, pero quizá quiere el Señor prolongarla algunas horas...

A esto repuso con resignado acento:

—Pues... vaya... vaya... ¡Ah! ¡No quisiera padecer menos de lo padezco!

---

(1) En "Annales" de 1946 (marzo-abril, pág. 23, se lee; que entonces Teresita dirigió su última frase a su Celina, "eco de su alma": "Hermanita mía, compañera inseparable. ¡Jamás me apartaré de ti!

Y mirando luego su crucifijo, exclamó:

—¡OH!... LE AMO... ¡DIOS MIO... OS AMO!

De repente, cuando hubo pronunciado estas palabras, se dejó caer dulcemente hacia atrás, quedando con la cabeza inclinada hacia la derecha. Creimos que ya había acabado y la Madre Priora mandó que tocasen la campana arrebatadamente para que se reuniese la Comunidad; “¡ABRID TODAS LAS PUERTAS!”, dijo (había tres puertas en la enfermería). Estas palabras tenían un algo misterioso, solemne, en aquella hora, y yo pensé que en el cielo el Señor la repetiría a sus ángeles.

Las Hermanas tuvieron tiempo de arrodillarse alrededor de su cama y fueron testigos del éxtasis del último momento.

El rostro de nuestra Santita recobró el color de lirio que tenía cuando gozaba de plena salud, sus ojos estaban fijos en lo alto, radiantes y expresando una felicidad que “excedía todas sus esperanzas”. Hacia ciertos movimientos con la cabeza, como si alguien la estuviera traspasando repetidas veces con un dardo de amor.

En seguida, después de este éxtasis, que duró el espacio de un Credo, cerró los ojos y exhaló el último suspiro.

Eran alrededor de las siete y veinte minutos de la tarde.

Nuestra Santa hermanita conservó en su muerte una inefable sonrisa y una belleza admirable. Tenía tan fuertemente asido su crucifijo, que fue preciso arrancárselo de las manos para amortajarla.

Sor María del Sagrado Corazón, juntamente conmigo y con Sor Amada de Jesús, antigua enfer-

mera, desempeñamos este oficio, y nos hizo notar (la primera) que la difunta parecía tan joven, que no le hubiesen atribuido más de doce o trece años.

Más tarde, por el contrario, cuando la expusimos en el coro, tomó un aspecto verdaderamente de imponente majestad.

Sus miembros quedaron flexibles hasta su inhumación que tuvo lugar el 4 de octubre de 1897.

\* \* \*

Todavía noté dos circunstancias más al atardecer de aquel 30 de septiembre.

Durante la larga agonía de Santa Teresa del Niño Jesús, un numeroso coro de pajarillos parecían haberse dado cita en la copa de un árbol, cerca de la ventana de la enfermería, que estaba completamente abierta. Jamás habíamos oído semejante concierto en nuestro jardín. Por cierto que me causó una impresión muy dolorosa a causa del contraste de tantos sufrimientos con aquellas notas tan alegres.

Una anciana Religiosa, que no había sabido comprender muy bien a nuestra Teresita, me dijo en seguida emocionada:

—¿Ha notado V. R., Madre mía, estos cantos de los pajarillos? ¡Le aseguro que es una cosa extraordinaria!

La otra circunstancia fue que durante la enfermedad, nuestra Santita había afirmado que en la hora de su muerte haría muy buen tiempo. No obstante, durante todo el día 30 de septiembre hizo un tiempo sobrio y lluvioso, pero hacia las siete de la tarde se

disiparon las nubes con rapidez y pronto su pudieron contemplar las primeras estrellas parpadeando en un límpido cielo.

SOR INÉS DE JESÚS  
(r. c. i.)

**NOTAS Y CITAS SACADAS**  
**DE LA**  
**«VIDA DE LA MADRE INÉS DE JESÚS»**

**A GUIA DE PRESENTACION**

Con la misma solícitud sobrenatural con que la Madre Inés de Jesús se llegaba a la cabecera de Santa Teresita en sus últimos meses de agonía, “recogiendo y anotando día por día, hora tras hora, hasta sus más insignificantes silabas” con que encerraba sus grandes y profundos pensamientos sobre la virtud, damos hoy a nuestros lectores y amantes de la “Florecilla de Jesús” los últimos consejos, pensamientos y graciosos decires de la Santita a su “Madrecita”, y que ésta, por humildad, tuvo ocultos mientras vivió.

*Desconociendo las fechas en que fueron recogidas estas frases de la “Santita” por la M. Inés de Jesús, prudentemente hemos optado por colocarlas al final de “Novissima Verba”.*

(1) “Si algún día sois otra vez Priora, no os inquietéis; vereis que no sufris lo mismo que antes. Estareis por encima de todo, dejareis de pensar y decir lo que quieran y cumplireis vuestro deber en paz.

“Jamás hagáis nada para serlo y tampoco hagáis nada para no serlo. Por otra parte, ya os prometo que me opondré a que lo seáis, si ha de ser perjudicial a vuestro alma.”

Y como la Madre Inés la abrazase, añadió:

“Lo he dicho todo, particularmente a mi Madrecita, para lo futuro.”

(2) Y he aquí con qué conmovedoras efusiones expresaba “Teresita” su amor a la M. Inés:

“He visto que amabais con desinteresado amor. Pues bien; si yo sé que sois mi madrecita vos sabréis un día que yo soy vuestra hijita. ¡Oh, cuánto os amo!”

“No sé como podré estar en el cielo sin vos!”

(3) Algunas veces se dejaba llevar del buen humor, a fin de alegrar alas que la rodeaban. La Madre Inés de Jesús le dijo que la iban “a retratar para complacer a la Madre Priora”, y, sonriéndose con cierta malicia, dijo:

“Decid más bien que es por vos. Vientecito cierzo, cesa de soplar; eso no es para mí, que es para mi compañera que no tiene abrigo...” Recuerdo de una historia de los naturales de Auvernia, dicho en el mismo intencionado tono.

(4) “Cuando yo esté en el Cielo, mi bracito será como si fuera largo, y mi Madrecita de él tendrá noticias...”

“No importa lo que decís, aun las cosas más insignificantes; me hacéis el efecto de un gracioso trovador que canta sus leyendas siempre con renovada gracia.”

(5) “Para ser mi “historiador”, es preciso prepararse.”

“Dime solamente si me olvidarás cuando estés en el Cielo”, le preguntaba la Madre Inés.

“¡Ah, si yo os olvidara, me parece que todos los santos me arrojarían del Paraíso como un buho ruin! Madrecita mía, cuando yo esté en el Cielo, vendré a llevaros conmigo, a fin de que allí donde yo esté, también estéis vos.”

(6) “Cuando estéis muerta —le decía la Madre Inés—, os pondrán una palma en la mano.”

“Si; pero que yo la suelte cuando quiera derramar a manos llenas gracias a mi Madrecita. Es preciso que yo haga todo lo que me plazca.”

(7) Cuando la Madre Inés de Jesús se enteró de sus primeros accidentes pulmonares de 1896, su corazón sintió una herida profunda, porque se los había llamado. La Santa enferma se esforzó en consolarla en estos términos:

“No tenga pena, Madrecita mía querida, de que vuestra hijita haya parecido ocultaros algo; digo *parecido* porque, bien lo sabéis, si ella se ha ocultado algún rinconcito del *sobre*, no os ha ocultado nunca una sola línea de la *carta*; ¡y quién, si no, conoce mejor que vos esta cartita que tanto amáis? A los demás bien puede uno mostrar el *sobre* por todos los lados, puesto que ellos no pueden ver más que esto; pero vos...”

“¡Oh, Madrecita mía, la *carta* es para vos! Por eso yo os ruego que sigáis escribiéndola hasta el día en que Jesús rompa completamente el *sobrecito*...”

(Bello retruécano en que el *sobre* significa el cuerpo y la *carta*, el alma.—Nota del traductor.)

(8) Y la Madrecita dejaba desbordar su corazón en estas estrofas, que de él brotaban como una oración y una esperanza:

*Niña, cuando estés por encima de las nubes.*

*gozándote pacíficamente en la Patria de los Cielos,*

*cuando vuelvas las páginas del Libro de la Vida,  
sobre mí, siempre, tiende tus miradas,  
y ve si mi nombre, en el Libro de la Gracia,  
al tuyo luminoso está enlazado  
y si, en el futuro, yo habré de ocupar un lugar,  
Angelito, a tu lado.  
Al buen Jesús, a veces, en su inmensa ternura,  
de nuestros pecadillos se complace en no ver nada.  
¿No es verdad, dulce niña, que es esto lo que El piensa  
cuando en El uno ha puesto su esperanza?*

Con estas estrofas iba la siguiente tarjetita:

“He hecho versos para aliviar mi corazón. ¡Cuánto te quiero! No es esto lo que yo hubiera querido decirte; ahora tú no sabrás más que en el Cielo lo que tu alma pone de poesía en la mía. ¡Oh, qué dicha ser tu hermanita, tu madrecita, y de *sentirme amada* de ti! Te agradezco todas las delicadezas que tienes para conmigo. ¡Oh, llévame del mundo contigo!”

Y Teresa respondía:

“Solamente en el Cielo sabréis lo que sois conmigo... Sois para mí una lira, un canto, aun cuando no digáis nada. No hay dos como vos sobre la tierra. ¡Oh, cuánto os amo!”

(9) Sobre la muerte de Santa Teresita, la Madre Inés de Jesús dejó escritas en sus deposiciones para la canonización:

“Lo que yo vi brillar más en ella, durante su última enfermedad, es la sencillez, la desconfianza de ella misma, la humildad, el constante recurso a la oración y a la confianza en Dios.”

(10) Y acerca del instante supremo:

“Era un éxtasis, una visión del Cielo; pero una visión que ponía en su corazón demasiado amor, demasiado agradecimiento, y no pudiendo soportar aquellos *ímpetus deliciosos*, ese amor fue el que rompió las cadenas que a este mundo la tenían sujeta.”

“...Estaba encantadoramente hermosa, con una expresiva sonrisa que parecía decir: Dios no es más que amor y misericordia.”

(11) La Madre Inés de Jesús fué la que pintó la cruz de la madera destinada a la sepultura, y en ella escribió el nombre de Sor Teresa del Niño Jesús, con las fechas 1873-1897.

Allí había añadido estas palabras de una poesía de la Santa:

*Que yo quiero, ¡oh Dios mío,  
llevar muy lejos tu fuego!  
Acuérdate.*

Pero el obrero que llevó la cruz al cementerio no tuvo cuidado con la pintura, que estaba fresca todavía, y el texto se halló borrado. La Madre Inés de Jesús vió en ello una inclinación del Cielo y trazó, en su lugar, la promesa de Teresa que al principio no se atrevió a poner:

“Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra.”

(12) Sor María del Sagrado Corazón refiere que hacia el fin de la vida de la Sierva de Dios, le había ella comunicado su temor de no poder consolar a la Madre Inés de Jesús, a quien su partida tanto le había de afligir.

“¡Oh, no os preocupéis! —le respondió Teresa—; la Madre Inés de Jesús no tendrá tiempo de pensar en su pena porque hasta el fin de su vida estará tan ocupada de mí, que aún no podrá bastarse para todo.”

(Vida de la Madre Inés de Jesús, Cap. IX, pág. 68.)

(13) La devoción a Santa Teresita tomaba, de día en día, una expansión prodigiosa; el correo cotidiano traía el eco de esa devoción, y es que no en balde había dicho Teresa:

“Después de mi muerte, iréis a la caja de correo y allí encontraréis consuelos.” Más todavía: “En el Cielo yo conseguiré muchas gracias para aquellos que me han hecho bien. En cuanto a vos, Madre mía, no todo podrá serviros; pero habrá mucho para regocijaros.”

(Vida de la Madre Inés de Jesús. Cap. IX, pág. 72.)

(14) Teresa había profetizado a sus hermanas:

“No creáis que cuando yo esté en el Cielo, vosotras no hayáis de tener más que alegrías. No es esto lo que yo he tenido ni he querido tener. Vosotras tendréis quizá, por el contrario, grandes pruebas; pero yo os enviaré luces que os las hagan apreciar y amar. Os veréis obligadas a decir como yo; *“Señor, me colmáis de alegría por todo lo que hacéis.”* (Psalmo XCI, 4.)

(Vida de la Madre Inés de Jesús. Cap. IX, pág. 78.)

(15) Durante la enfermedad del señor Martín, la Madre Inés escribía a Celina para consolarla en sus sufrimientos y soledad: “Adiós querida mía; yo sola te escribo, pero tú comprendes nuestros corazones, tan unidos al tuyo en estos momentos dolorosos. Sor Teresa del Niño Jesús me decía esta mañana: “¡No, yo no podría escribir a Celina!” Y su mirada etérea y profunda, bastante hacia ver que los sentimientos de su alma, tan elevados, no podían, en efecto, traducirse. Celina mía, comprendenos.”

(Vida de la Madre Inés de Jesús. Cap. XI, pág. 94.)

(16) “Santa Teresa del Niño Jesús, hacia el fin de su vida, me habló, sin que yo la preguntara, de los instrumentos de penitencia. Sabía que yo tenía inclinación por este género de mortificación. Me dijo que tuviera cuidado, y me aseguró que esto no había sido hecho para las almas que siguiesen su “Caminito”, y añadió: *“Tomad sobre vosotros mi yugo y recibid mis lecciones, porque yo soy dulce y humilde de corazón y encontraréis el descanso de vuestras almas, porque MI YUGO es suave y mi carga, ligera.”* (Math. XI, 29-30.)

Por el yugo del Señor entendía no solamente las pruebas interiores y exteriores, sino la Regla, toda la Regla, a la que recomendaba ser muy fiel (comprendidas en ella —tengase bien entendido— las disciplinas prescritas por las Constituciones.

(Vida de la Madre Inés de Jesús. Cap. XI, pág. 116.)

(17) El 7 de abril de 1897, a su Madrecita que le confesaba sus miedos al temible paso de la muerte Santa Teresa del Niño Jesús había respondido: “Dios os absorberá como una gota de rocío.”